

ACOTACIONES INGENUAS A LA REALIDAD QUE NOS RODEA

EL TIMO DE LA POLITICA

La variopinta baraja de estafadores y de defraudadores de todo tipo no se agota en nuestro país con los clásicos del timo de la estampita, de los cheques sin fondos, ni con todos aquellos otros descritos como tales en los respectivos artículos del Código Penal.

Cada vez más prolifera una nueva especie, mucho más baja y más rastrea que la de los estafadores corrientes. Son los que practican lo que yo llamo el timo de la política.

Se trata de tipos mediocres por su poca inteligencia o señoritos que, siendo inteligentes, no dedican el tiempo necesario a un trabajo serio, a veces incluso, de casta le viene al

galgo, son hijos de señoritos que tampoco han demostrado su valía en su profesión por su falta de dedicación o por su falta de publicaciones.

Cuando alguno de estos sujetos se encuentra con competidores valiosos, con personas dedicadas con constancia a su trabajo, en una ocasión competitiva, eliminan o pretenden eliminar a esos competidores acusándoles de rojos, de marxistas y de socialistas o de enemigos del régimen. A veces incluso vuelcan al mismo tiempo todas las acusaciones juntas.

Muchas veces hemos criticado por su irracionalidad y por su dogmatismo a los eternos cazadores de brujas de la extrema derecha, que, por

otra parte, gozan de una envidiable libertad para sus acusaciones de las que otros carecen, pero al menos hay que reconocer que creen sinceramente lo que dicen. En cambio, esos estafadores del timo de la política son unos cínicos que no creen sino que utilizan sus acusaciones para su miedo personal. Si estuviésemos en otra situación política contraria, y hubiese también gente lo suficientemente ciega y absurda para escucharlos, se convertirían en los campeones de otras ortodoxias. Pero hoy y aquí esa ya señalada es la que sirve para sus fines.

Ellos son los autores del timo, pero también lo son como coautores, cómplices o encubridores los que prestan oídos a sus patrañas para daño del país y de su cultura.

BREVERIAS VERANIEGAS

● Siguen los asaltos a las librerías y a las empresas editoriales y siguen sin aparecer los autores de tales desmanes. ¿Será posible que no se pueda detectar a los grupos de extrema derecha que han intervenido? Es cierto que después del 1 de mayo y de sus manifestaciones —minoritarias, pero permitidas— la extrema derecha se ha envalentonado. También es cierto que, por razones obvias, la represión en nuestro país no la ha afectado en los últimos treinta y cuatro años. Sin embargo, parece evidente que es más profundamente subversivo ese atentado a la cultura de nuestro pueblo que las acciones de algunos muchachos, casi unos niños, que muchas veces comparecen ante el Tribunal de Orden Público por gritar libertad y por participar en una algarada callejera sin consecuencias.

● El señor Esperabé, con el apoyo del diario *Ya*, pide una ley orgánica de las Fuerzas Armadas. No entiendo el sentido de la propuesta en las actuales circunstancias. ¿Han meditado bien el distinguido procurador y el influyente diario católico cuál sería hoy el contenido de esa ley? A mi juicio, no añadiría nada útil a lo que ya dice la Ley Orgánica del Estado. Más vale dejarlo como está.

● El nuevo régimen griego ha anunciado una amnistía y ha restablecido las libertades públicas. No

sabemos, al escribir estas líneas, el grado de sinceridad y de realidad de esas medidas, pero en todo caso es significativo y debería ser ejemplar que se piense —en teoría al menos— que no cabe el restablecimiento de una convivencia ciudadana tras el trauma de un cambio de régimen y de un golpe contrarrevolucionario sin esa amnistía y ese respeto a las libertades públicas.

● A la censura le ha salido un nuevo defensor. El director general señor Segú no sólo la defiende, sino que considera que quizá tengan razón los que dicen que se han dado excesivos pasos de libertad. Parece increíble, pero así es.

¿Con qué criterios éticos, estéticos o filosóficos se censuran las obras en esos aspectos? ¿Quién crea esos criterios o pautas que sirven para la actuación de la censura? No hay respuesta. Si ésta sigue siendo la política oficial, la creación cultural española será un milagro, a pesar de la censura, y el empobrecimiento será su obra. Desengañese el señor Segú, el Estado no está habilitado para los problemas de la inteligencia. La censura es un hecho de poder, pero es inútil intentar su justificación o su racionalización. No la tiene. Sólo, diríamos con nuestro Machado, desprecia cuanto ignora.

SOCIALISTAS Y SOCIALISTAS CATÓLICOS

En unas declaraciones a la revista *Criba*, mi buen amigo el profesor Raúl Morodo habla de la corriente socialista —que personifica en Tierno y Llopis— y la distingue de los socialistas católicos, entre los cuales, junto con otros entrañables amigos, me sitúa. Entre ellos, Pablo Castellano ya ha puntualizado su posición en carta dirigida a la misma revista (que, por cierto, la publica con una entrada de la redacción y con unas apostillas finales llenas de reticencias, como si no estuviese acostumbrada a esas polémicas, que son muy sanas y a las que no conviene añadir aparatos ortopédicos para proteger a una de las partes).

Por mi parte, no quiero entrar a fondo en consideraciones de tipo personal y por eso no voy a insistir en el paternalismo que supone que

mi buen amigo reparta etiquetas y establezca definiciones que nadie le ha pedido ni en la posible mala intención que se produce al incidir en una cuestión que le es ajena, tomando partido, en definitiva, insistiendo una vez más en una concepción de la política como intriga que no puede conducir a ninguna parte.

Sí quiero, sin embargo, aclarar esa distinción entre socialistas y socialistas católicos que se establece.

De ella parece desprenderse que sólo los no creyentes pueden integrarse en una corriente socialista genuina, con lo que desconoce el profesor Morodo realidades actuales de socialismo como el francés, el inglés e incluso el chileno, donde creyentes y no creyentes se agrupan para defender sus postulados. Tampoco parece conocer una corriente poderosa, dentro de la propia Iglesia española, que reivindica la posibilidad de ser socialista siendo creyente, con todas sus consecuencias. ¿Qué sentido tiene esa discriminación?

Es evidente que se manifiesta con esa postura una desconfianza y un desagrado ante una realidad que no le gusta, pero que en todo caso es así y se impone como tal realidad con independencia de que le guste o no a mi buen amigo.

Lo que pasa es que, cada vez más, como ocurrió en otro tiempo con el liberalismo, muchos creyentes, hombres de fe religiosa, reconocen la superioridad del socialismo para transformar e interpretar la realidad. Y esos hombres no son socialistas discriminados, como pretende Morodo, sino socialistas sin más, que

además son creyentes. El negar eso es situarse en la misma posición que monseñor Guerra Campos, aunque estamos seguros de que no es ésa la intención de mi distinguido compañero.

Los creyentes que aceptan los postulados y los métodos del socialismo son socialistas y eso en España supone vincularse a una ideología cuya plasmación como partido —el PSOE— está prohibido por la legalidad vigente y cuya plasmación sindical —la UGT— lo está también en aras a la supresión de la lucha de clases, que se hizo por decreto nada más instaurarse el nuevo régimen.

Y esa ideología que no discrimina a los creyentes, como hace Morodo, es la de Pablo Iglesias, Jaime Vera, Largo Caballero, Indalecio Prieto, Julián Besteiro y la de otros muchos miles de hombres que creen en la liberación de la clase trabajadora. Es, en definitiva, la ideología del socialismo histórico, que está viva en muchas mentes y en muchos corazones y que no la representan ni el señor Tierno ni ya tampoco el señor Llopis, sino todos aquellos, creyentes o no, que son fieles a esos planteamientos, que están hoy tan jóvenes como en los primeros tiempos.

Y esa corriente imparable, que supone además en muchos sectores la superación del clima de guerra civil, integrando bajo el pensamiento socialista a quienes fueron enemigos ayer, no se detiene ni se frustra porque mi amigo Morodo haga unas declaraciones más o menos intencionadas o sagaces.

Gregorio Peces-Barba Martínez